

se hincó de rodillas, y alzando las manos y rostro al cielo, se puso á orar y, visto aquello, estuvieron callados, y en breve espacio de tiempo mandó el principal á su gente que se apartasen y se sentasen: y al cabo de mucho tiempo que este santo religioso estuvo en oración, se levantó y se fué hacia el principal, mostrándole afabilidad; y el principal se fué para él hincándose de rodillas, le besó la mano, mandando á su gente que hiciese lo mismo.

### CAPITULO CCVIII.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de  
1590.

Salía este principal muchas veces á contar que mientras el bendito padre estaba orando, le había dado mucho miedo y temblor de cuerpo. Al fin el padre cojió al principal por la mano, sentólo cerca de sí en una piedra que estaba junto de la cueva y le dió un poco de biscocho y unos tasajos de cabra, y se hincó de rodillas y le besó la mano, y mandó á su gente que hiciese lo mismo, y se fueron, y habiendo caminado cuatro ó cinco leguas, algunos viejos capitanes le reprendieron diciendo que no había tenido ánimo de matarle, y que su hermano había de mofarse de él, con que propuso con ellos de volver con su gente á matarle; pero poco después le dió un gran dolor de ojos y oídos que estuvo toda la noche en un grito y al amanecer se le quebraron los ojos, y todo el tiempo que estuvo allí el padre Fr. Andrés de Medina, que fué casi dos años, siempre le manó sangre y agua de los ojos y oídos. Después que este principal cegó, al cabo de ocho días llegó á noticia del padre Fr. Pedro del

Monte, fué á verle y consolarle, con un intérprete le exhortó á a paciencia y después se despidió de él y se volvió á la cueva.

En esta ocasión había ido el P. Fr. Andrés de Medina, por mando del dicho padre, á visitar una doctrina y catequizar tres pueblos que se habían poblado, y á la vuelta cayó malo de unas fuertes calenturas, y habiéndolo sabido el P. Fr. Pedro del Monte, que estaba siete leguas de allí, lo fué á ver, y doliéndose mucho del poco ó ningún remedio y regalo que allí tenía, lloró con él y le consoló con palabras muy tiernas, y lo que más sintió fué que no tuviese cosa de regalo qué comer, y otro día, porque esperaba mucha cantidad de gente que había de ir á misa á la cueva, de los ya bautizados, se volvió, consolando al dicho P. Fr. Andrés, diciéndole con lágrimas: "Confíe en Dios que le proveerá de mantenimientos para poder convalecer," y la noche siguiente tuvo alivio de la calentura que había nueve días le affigía; y al amanecer se hallaron dentro la casilla unos indios que allí había, cuatro patos y uno chiquito, todos pardos revolcándose en el patio, causando admiración á los indios, por ser aves que nunca por allí se habían visto. El P. Fr. Andrés entendió que eran patos mansos que un indio principal llamado D. Diego tendría en su casa, y dijo un indio que en ninguna manera, que ni los habían visto por aquella tierra, y mandándolos cojer, se dejaron cojer y hallaron que no tenían lesión alguna, y mandó que le matasen uno y que otro guardasen para el día siguiente; otro dió al indio D. Diego y el pequeño á una hijuela suya, y les dijo les quitasen las plumas de las alas y los echasen en una fuente de agua que estaba cerca de su casa, y la noche siguiente desaparecieron, quedando solo el que había de comer dicho padre. El segundo día vino Fr. Pedro de Almonte, á el cual le contó lo sucedido, y el dicho padre dió gracias á Dios derramando infinitas lágrimas y mostrando gran consuelo de ver á su compañero ya sano, porque le amaba tiernamente, y le rogó que no dijese á nadie aquel suceso, que otras muchas cosas había de ver, después de lo cual, los dichos padres se juntaron en un pueblo llamado Chimaltitán, donde habían determinado fundar convento, y allí estuvieron ocho días cate-

quizando mucha cantidad de gente, y se bautizaron setecientas personas, grandes y chicas; y dejando allí un maestro de doctrina llamado Anton, vecino del Teul, para que todos los días se las enseñase, y los dichos padres se volvieron á la cueva, á donde ordinariamente acudía mucha cantidad de gente, que había ya bautizada, á la doctrina, misa y sermón que siempre se les predicaba.

Fr. Andrés de Ayala

Xalisco.

Teul.

En este tiempo, que era por el mes de mayo, el P. Fr. Andrés de Ayala [que después fué mártir], guardián del convento de Xalisco, se fué á ver con él á la cueva, habiendo de distancia más de cuarenta leguas. Trataron muchas cosas los dos santos varones cerca de las conversiones á que eran muy inclina- dos, y el P. Fr. Andrés de Ayala había estado, siendo guardián del Teul, en aquella sierra de Tepic muchas veces, sin haber podido hacer fruto en aquellos infieles; siendo guardián de Tzenticpac y de Xalisco, había entrado nueve ó diez veces en la provincia de Huaynamota, con licencia de su provincial Fr. Juan de Ayora, y siendo también provincial Fr. Juan de Cerpa; y en la vista de los dos siervos de Dios, Fr. Pedro del Monte y Fr. Andrés de Ayala, se concertaron de ir á la provincia de Huaynamota y dejaron al P. Fr. Andrés de Medina en la conversión de Tepic. Llegados allá estuvieron juntos un mes que tuvo de licencia el P. Fr. Andrés de Ayala, y luego se volvió al convento de Xalisco, donde era guardián, y el P. Fr. Pedro del Monte se estuvo trece meses, y por falta de intérprete no pudo hacer más fruto que fundar una iglesia pequeña, donde está ahora el convento, de allí partió á la provincia de los coanos, que eran diez pueblos, donde había más de dos mil personas chicas y grandes, todas bautizadas y con sus iglesias, que fueron de las que convirtió el santo mártir Fr. Francisco Lorenzo. Era gente rústica y mal doctrinada; por la aspereza de la sierra y su fragosidad, tenían muchos ídolos en que idolatraban. Parecióle al P. Fr. Pedro del Monte que sería bien allí hacer su asiento y fundar un convento para criar frailes que acudiesen á aquellas gentes bárbaras circunvecinas, donde había muchos gentiles, para lo cual envió á llamar al P. Fr. Andrés de Medina que

había quedado en la provincia de Tepec, el cual vino á la provincia de los coanos el año de 1582, y tratando de lo que allí pretendía hacer el P. Fr. Pedro del Monte, comenzó la obra, á que acudieron todos los indios de la provincia con mucha voluntad, hasta que llegaron las aguas y cesó la obra.

## CAPITULO CCIX.

En que se trata cómo en este tiempo vino de España á las Indias el P. Fr. Miguel de Talavera con veinticuatro religiosos descalzos, y lo que les sucedió con el P. Fr. Pedro del Monte.

Año de 1580.

En esta ocasión vino de España un religioso descalzo, llamado Fr. Miguel de Talavera, con veinte y cuatro frailes para la China, inferior al P. Fr. Pedro del Monte, y le envió un recado escibiéndole que le avisase las conversiones en que estaba y de lo sucedido en aquella tierra, y que si era necesario le enviaría una docena de frailes de los que había traído. Alegróse mucho el bendito padre y determinó enviar allá al P. Fr. Andrés de Medina, y de camino se ordenase, y aunque era comisario de los descalzos de esta tierra y de la China, sin tener superior ninguno, escribió á Fr. Miguel de Talavera (que solo había venido por comisario de aquellos veinticuatro frailes que traía) dándole la obediencia; Fr. Miguel de Talavera se alzó á mayores, y tomando ocasión de que el P. Fr. Pedro del Monte, no tenía recados para ocupar á sí ni á sus frailes en la conversión de esta tierra, sino para fundar tres ó cuatro monasterios en México y sus comarcas, para hospedería de los frailes que pasasen de España para China y para crear frailes en ellos para aquellas partes y ser superior de ellos y de las

provincias que se fundasen en las conversiones de China, y presidir en los capítulos que se hiciesen, con que cesó la conversión de la sierra de Tepec, porque Fr. Andrés de Medina, viendo que el P. Talavera no quería proseguiese aquella conversión ni escribir al P. Fr. Pedro del Monte, trató de venirse á su provincia de Guadalajara para de allí proseguir la conversión de la sierra de Tepec (si los preladados le diesen favor) y le pidió licencia á Fr. Miguel de Talavera, se la negó diciendo había de ir á China con los demás. El P. Fr. Andrés alegaba que tenía aquella conversión comenzada y otras cosas, demás que no estaba incorporado en los descalzos. Ordenóse de Evangelio y en fin, le dió licencia y vino á Tzinapécuaro, donde halló al P. Fr. Pedro de Oros, comisario, que le mandó ir á Valladolid, donde dentro de un mes se ordenó de misa; lo demás se dirá en la vida del P. Fr. Andrés de Medina, el cual, habiendo renunciado el P. Fr. Andrés de Ayala la guardianía de Xalisco, con licencia de los superiores se fué á la provincia de Huaynamota, donde por el tiempo de cuatro meses catequizó y bautizó ciento y ochenta hombres casados, sin mujeres y muchachos, y de allí se fué al capítulo de Tzintzontzan, donde estaba el padre comisario Fr. Pedro de Oros, y salió provincial el P. Fr. Pedro de Pila, con cuyas órdenes se llevó al P. Fr. Andrés de Medina á que le ayudase en la conversión de Huaynamota.

Fr. Pedro del Monte estaba esperando al P. Fr. Andrés de Medina y supo por carta que el dicho le escribió, lo que Fr. Miguel de Talavera había hecho; recibió mucha pena y particularmente por verse sin compañero que le pudiese ayudar; y de allí se fué luego, atravesando aquella serranía, á la provincia de Huaynamota y allí paró, pretendiendo ocuparse en la conversión de mucha gente que había, y poco después vino con su licencia á su compañía el P. Fr. Francisco Martínez de Jesús, que estaba en la provincia de Tzacatecas, y al cabo de tres meses que el dicho P. Fr. Pedro de Almonte le instruyó en el modo de catequizar y doctrinar á aquellos infieles, le dejó allí ocupado en esto y él se fué atravesando aquellas serranías ochenta leguas de allí, á las sierras de las minas de Topia, donde había

mucha cantidad de infieles, aunque tierra muy desacomodada, especialmente para él, por no ser lengua ni tener compañero para convertir y doctrinar aquellas almas. Estuvo más de un año en aquella sierra ocupándose en abstinencias disciplinas, y oraciones, que era su ordinario ejercicio, y al cabo de ese tiempo fueron de México por él, por haber tenido relación, que por las muchas penitencias y abstinencias, había perdido el juicio, y él se fué con ellos muy humilde y doméstico, donde predicó tan altos sermones, que tenía admirada la ciudad y á muchos muy compungidos, conque se echó de ver que no tenía perdido el juicio, sino que menospreciaba las honras del mundo, y poco después, con la licencia que tenía de predicador apostólico, se salió de la dicha ciudad y se fué peregrinando por todas las villas y lugares hasta atravesar la sierra de Tepec, de donde pasó á la ciudad de Compostela, donde predicó muchas veces, y en la Milpa de Miravalles y minas del Espíritu Santo, por haber entendido la mucha necesidad que tenían de la predicación. Hizo hacer procesiones y disciplinas, y él hizo muchos actos de mortificación y profetizó muchas cosas. Predicando un día, dijo: "¡Ay Milpa de Miravalles, desdichados habitantes, que con fuego del cielo serás abrasada!" y así sucedió, que hasta los cimientos se deshicieron, con que en muy breve tiempo no parecía haber habido casas ni población. Profetizó también que se habían de acabar las minas, de donde había salido tanto oro y plata y que habían de morir todos pobres sus habitantes de los cuales quedaría solo uno por muchos años, y ese no sería español, lo cual se verificó como lo vimos y experimentamos los que conocemos á Andrés de Sandi, napolitano que vivió más de sesenta años en aquellos montes, con su mujer Luisa de Haro: este tal fué soldado según decían sus certificaciones, aventajado en la batalla naval; murió de ciento y nueve años y su mujer de más de noventa y ambos á un tiempo y un cuarto de hora uno de otro, y no teniendo más que un hábito de N. P. S. Francisco, hizo el marido quitárselo á la mujer, diciendo: "Más necesidad tengo yo del hábito del glorioso padre San Francisco; póngamelo, que mediante él me

he de salvar," y diciendo estas palabras espiró. Hay quien diga que este buen hombre se retiró á aquel monte porque su mujer no hiciese mal de ojos á las criaturas, porque los tenía tales que cualquiera cosa que mirase perecía ó padecía mucho así hombres como brutos, árboles y plantas.

Cuando profetizó la destrucción de la Milpa de Miravalles, que era una gran hacienda y recreación que estaba entre Compostela y Xalisco, se celebraba la fiesta del apóstol Santiago, patrón de la ciudad de Compostela, y fué el año y día que más festejaron la festividad con toros y juegos de cañas, sortijas y torneos, y el día que salió de la Milpa fué memorable porque sucedió el caso siguiente:

Doña Francisca Arias, hija del capitán Pedro Ruiz de Haro, y de Leonor de Arias, mujer que fué de D. Alvaro de Bracamonte, cebó un lechón, el cual creció tan demasadamente, que le sustentaba sólo por grandeza y que se viese aquel prodigio, que era como un buey. La señora dijo al P. Fr. Andrés del Monte: "Padre, ¿quiere ver una maravilla? véngase conmigo; verá un lechón tan grande que asombra el verle."—"Yo iré solo, no vaya Vmd.," y sacando del pecho una cruz y pidiendo agua bendita, se fué á donde estaba el lechón y comenzó á conjurarle y mandó á siete legiones de demonios que dijo tenía aquel lechón, saliesen del cuerpo de aquel animal y se fuesen donde Dios se los mandase; hicieronlo así y, dando un espantoso estallido, cayó muerto en tierra el animal, con que quedaron espantados como era razón. Pero no bastaron éste y otros avisos, hasta que de golpe descargó Dios el brazo de su justicia, abrasando la Milpa de Miravalles con fuego del cielo, y hasta hoy hay muchas personas de los que lo vieron y oyeron á sus padres y mayores. Con estas cosas muchos se confesaban y enmendaban sus vicios, y estando en esto vino el P. Fr. Francisco Martínez de Jesús, el compañero que había dejado en Huaynamota para que se ocupase en la conversión de aquella gente, al cual había mandado llamar, y le dió razón del poco fruto que en aquella provincia de Huaynamota se hacía y ambos á dos se partieron al valle de Banderas y fueron cos-

teando por los lugares que cerca del mar había, llevando en su compañía á un donado llamado Francisco Ortiz, español, y llegaron hasta la provincia de Tzacatula, cien leguas de Compostela, y viendo el P. Fr. Pedro del Monte que en aquella tierra había mucha gente española, se estuvo en ella predicando por espacio de cuatro meses, y de allí subió á una sierra frontera que hay muy agria, y se ocupaba en sus ayunos ordinarios, dejando á su compañero en Tzacatula, y cada vez que acababa su ayuno de 40 á 50 días, volvía á bajar á Tzacatula, donde predicaba y en los lugares comarcanos, haciendo gran fruto con su predicación y vida santa. Una vez envió á su compañero á la ciudad de Páscuaro, delante de donde estaba cuatro jornadas, con unos recados y cartas, y él se fué luego á la sierra, y al cabo de diez ó doce días volvió el compañero á Tzacatula, donde estuvo aguardando por espacio de sesenta días, que era lo más que se solía detener en su ordinario ejercicio y ayunos, y como se hubiesen pasado diez días más y no volviese, dióle mucho cuidado al padre Martínez su compañero, y comunicándolo con el beneficiado de aquel partido, que así él como todos los naturales y españoles le querían y estimaban en mucho, determinaron de enviarle á buscar á la sierra con los indios que, habiéndose apercebido de mantenimiento, se partieron por toda la serranía que es muy fragosa é inhabitable, aunque abundante de aguas. Anduviéronle buscando diez días por ver si en alguna parte le hallaban vivo ó muerto, y al cabo de este tiempo volvieron sin haber tenido rastro de él, lo cual dió mucho más cuidado al compañero y al beneficiado y al alcalde mayor, y procuraron buscarle y hacer más diligencias, enviando al puerto de Acapulco y repartiendo por aquella tierra cincuenta indios para que lo buscasen por diversas partes y prometiendo al que lo hallase 100 pesos. Fueron los indios pagados por todos los días que allá ocupasen, y al cabo de un mes que trastornaron todas aquellas serranías, se volvieron sin tener rastro ninguno del dicho padre, ni tampoco le hubo en el puerto de Acapulco ni en otra parte, que causó gran admiración, y así su compañero se volvió á la provincia de Xalisco y Michoacán, de donde era.

Poco después de esto sucedió, que habiéndole venido comisión de Comisario general al P. Fr. Pedro de Pila, con la mano que tuvo y porque le había deseado mucho ver, por lo mucho raro y bueno que de él se decía, hizo muchas diligencias por todas partes.

### CAPITULO CCX.

En que se trata que por haber andado con el bendito P. Fr. Pedro del Monte en ese tiempo, se toma motivo para tratar de la vida del P. Fr. Andrés de Medina.

Año de  
1580.

Fué natural este religioso de la villa de Xacona, Zamora, en la provincia de Mechoacán, y tomó el hábito de nuestra Orden, en esta provincia (en la cual tuvo dos hermanos religiosos, el uno llamado Fr. Bernardino y el otro Fr. Melchor Castañón; el Fr. Bernardino llegó á edad muy crecida y Fr. Melchor al tiempo que esto se escribe será de edad de ochenta y cuatro años, poco más ó menos), siendo guardián de Guadalajara el P. Fr. Juan López, el santo, por los años de mil y quinientos y ochenta, y el P. Fr. Andrés de Medina, corista en la ocasión que el bendito Fr. Pedro del Monte andaba en la conversión de la sierra de Tepec, y por falta de saber lengua no hacía fruto ninguno, y aunque había tenido algunos religiosos por ayudantes en la conversión, se habían vuelto por no poder tolerar la fragosidad y aspereza de la tierra y hambres que en ella padecían; fué enviado este religioso Fr. Andrés de Medina, aunque era corista, por ser muy virtuoso y grande lengua mexicana, á que ayudase á dicho P. Fr. Pedro del Monte, á donde llegó á 9 de septiembre de dicho año y se dió luego á aprender

la lengua de aquellos indios, que era la tepehuana, y le sucedió lo que queda referido de la quema, y cómo fué á verse con el P. Fr. Miguel de Talavera y cómo fué el P. Fr. Andrés de Ayala al capítulo de Tzintzunzan, habiendo renunciado la guardiánía de Xalisco, y halló al P. Fr. Andrés de Medina, y con orden del comisario Fr. Pedro de Oros, fueron los dos á la conversión de Huaynamota.

Los padres Fr. Pedro del Monte y Fr. Andrés de Medina, antes de esto fueron á un pueblo llamado Chimaltitlán, que está en la sierra de Tepec, donde se había de fundar un convento, y allí estuvieron ocho días catequizando mucha cantidad de gente que en aquel pueblo se recogieron, y se volvieron á la cueva, donde de ordinario acudía mucha cantidad de gente que había ya bautizada, á la doctrina, misa y sermón que siempre les predicaba, dejando allí un indio maestro de doctrina, llamado Antonio, natural del Teul, para que todos los días se las enseñase.

En este tiempo, que era por el mes de mayo, fué el P. Fr. Andrés de Ayala, guardián de Xalisco, á verse con el P. Fr. Pedro del Monte, á la cueva donde estaba, estando de distancia un puesto de otro al pié de 40 leguas; trataron muchas cosas estos santos varones acerca de las conversiones, y el P. Fr. Andrés de Ayala le dijo cómo había estado en la provincia de Huaynamota, y se concertaron los dos de ir allá (como lo hicieron) dejando al P. Fr. Andrés de Medina en la conversión de Tepec sólo, el cual prosiguió con el orden que el P. Fr. Pedro del Monte había tenido en predicar, catequizar y doctrinar los bautizados y gentiles, que quedaban muchos por bautizar, y comenzó á andar las rancharías que había por las quebradas, aunque de poca gente y fundar pueblos en los mejores puestos, y en espacio de veintisiete leguas de aquella conversión, fundó nueve pueblos, y en el pueblo que había fundado llamado Chimaltitlán, hizo casa y comenzó á edificar la iglesia con grandísimo trabajo corporal y espiritual, necesitando hacerla con sus propias manos, por ser la gente bárbara, y lo mismo hizo, corriendo de una parte á otra, en todos los pue-